

• VICTORIA SCHWAB •



UNA MAGIA MÁS OSCURA

Kell es uno de los últimos magos viajeros con una extraña habilidad para viajar entre universos paralelos conectados por una ciudad mágica.

Existe un Londres Gris, sin magia y con un rey loco: el rey George III. Un Londres Rojo, donde se honra la vida y la magia y donde Kell creció junto a Rhy Maresh, heredero de un imperio esplendoroso. Un Londres Blanco, donde la lucha por controlar la magia dejó una ciudad en ruinas. Y mucho tiempo atrás, había un Londres Negro. Pero ya nadie habla de eso.

Oficialmente, Kell es el viajero Rojo, embajador del imperio de Maresh y responsable de circular la correspondencia entre los nobles de cada Londres. Extraoficialmente, es un contrabandista, al servicio de quienes estén dispuestos a pagar por objetos de mundos que jamás verán. Se trata de un *hobby* con consecuencias mortales, que ahora sufre en primera persona.

En viaje, Kell se topa con Delilah Bard, una ladrona con aspiraciones idealistas. Ella le roba, lo salva de un enemigo letal y finalmente lo obliga a llevarla a otro mundo en busca de aventuras.

Una magia peligrosa emerge y la traición acecha en cada rincón. Para mantener a todos los mundos a salvo, tendrán primero que pelear por seguir con vida.

Para los que sueñan con mundos más  
extraños

*Este es el dilema cuando de magia se trata, no es un tema de fuerza, sino de equilibrio. Dado que muy poco poder, y nos volvemos débiles. Demasiado, y nos volvemos algo completamente distinto.*

TIEREN SERENSE,  
sumo sacerdote del Santuario  
de Londres

UNO  
EL VIAJERO

## I



Kell vestía un abrigo muy peculiar.

No tenía un lado, lo que sería lo convencional, ni dos, lo que sería inesperado, sino varios; lo que era, por supuesto, imposible.

Lo primero que hacía cuando pasaba de un Londres a otro era sacarse el abrigo y doblarlo de afuera hacia adentro una vez o dos (o incluso hasta tres) veces, hasta encontrar el lado que necesitaba. No *todos* ellos estaban a la moda, pero cada uno servía un propósito. Había algunos que pasaban desapercibidos y otros que se destacaban, y uno que no tenía objetivo alguno pero que a él le gustaba particularmente.

Así que cuando Kell atravesó la pared del palacio y entró en la antesala, se tomó un momento para recomponerse —moverse entre mundos le pasaba factura— y luego con una sacudida de hombros se quitó el abrigo rojo de cuello alto y lo dobló de adentro hacia afuera y de izquierda a derecha para que se transformase en una simple chaqueta negra. Bueno, una simple chaqueta negra elegantemente ribeteada con hilo plateado y adornada con dos columnas de relucientes botones plateados. Solo porque adoptaba una paleta de colores más modesta cuando estaba fuera (con el deseo de no ofender a la realeza local ni llamar la atención), eso no quería decir que también tuviese que sacrificar la elegancia.

«Oh, reyes», pensó Kell mientras se abotonaba el abrigo. Estaba comenzando a pensar como Rhy.

Sobre la pared detrás de él, apenas podía distinguir el borroso símbolo hecho por su pasaje. Como una huella en la arena, que ya se disipa.

Nunca se molestó en marcar la puerta desde este lado, simplemente porque nunca regresaba por este camino. La distancia entre Windsor y Londres era tremendamente inconveniente si se tenía en cuenta que cuando viajaba entre mundos, Kell solo podía moverse desde un lugar en un mundo hasta el mismo lugar exacto en el otro. Lo que era un problema, porque no había un Castillo de Windsor que tomara un solo día de viaje desde el Londres Rojo. De hecho, Kell acababa de salir de la pared de piedra de un patio que pertenecía a un caballero adinerado en un pueblo llamado Disan. Disan era, en términos generales, un lugar muy agradable.

Windsor no lo era.

Impactante, seguro. Pero no agradable.

Una repisa de mármol se extendía contra la pared y sobre ella lo esperaba una vasija con agua, como siempre. Se enjuagó la mano ensangrentada y también la moneda de plata que había usado para el pasaje, luego deslizó el cordón del que esta colgaba por sobre la cabeza y metió la moneda nuevamente debajo del cuello de su vestimenta. Del pasillo contiguo, pudo escuchar pasos arrastrados y el murmullo débil de sirvientes y guardias. Había elegido la antesala específicamente para eludirlos. Sabía muy bien lo poco que le gustaba al pequeño príncipe regente que él estuviera aquí, y lo último que Kell quería era una audiencia, un grupo de oídos y ojos y bocas que le reportara al trono cada detalle de su visita.

Arriba de la repisa y la vasija colgaba un espejo con marco bañado en oro, y Kell revisó su reflejo con rapidez — el pelo, de un marrón rojizo, le caía sobre un ojo y él no lo arregló, aunque sí se tomó tiempo para alisar los hombros

de su abrigo—, antes de pasar a través de un conjunto de puertas para encontrar a su anfitrión.

En la habitación hacía un calor sofocante —las ventanas estaban cerradas a pesar de lo que parecía ser un hermoso día de octubre— y el fuego ardía opresivamente en el hogar.

George III estaba sentado al lado de este, con una bata que empequeñecía su debilitado cuerpo y una bandeja de té intacta a sus rodillas. Cuando Kell entró, el rey se agarró de los bordes de su silla.

—¿Quién está ahí? —vociferó, sin darse vuelta—. ¿Ladrones?, ¿fantasmas?

—No creo que los fantasmas fueran a responder, Su Majestad —dijo Kell, anunciándose.

El convaleciente rey soltó una sonrisa putrefacta.

—Maestro Kell —dijo—, me has hecho esperar.

—No más de un mes —respondió, dando un paso adelante.

El rey George entornó sus ojos ciegos.

—Ha pasado más tiempo, estoy seguro.

—Le prometo que no.

—Quizás no para *ti* —dijo el rey—. Pero el tiempo no es igual para los locos y los ciegos.

Kell sonrió. El rey estaba de buen humor hoy. No siempre era así. Kell nunca estaba seguro de en qué estado iba a encontrar a Su Majestad. Quizás había parecido más de un mes porque la última vez que Kell lo había visitado, el rey había tenido uno de sus arranques y Kell apenas había podido calmar sus nervios crispados lo suficiente como para entregarle su mensaje.

—Quizás es el año lo que ha cambiado —prosiguió el rey—, y no el mes.

—Ah, pero el año es el mismo.

—¿Y qué año es ese?

Kell frunció el entrecejo.

—Mil ocho diecinueve —dijo.

Una sombra recorrió el rostro del rey George y luego simplemente sacudió la cabeza y dijo «tiempo», como si una sola palabra pudiera ser la culpable de todo.

—Siéntate, siéntate —agregó, señalando la habitación—. Debe haber otra silla aquí en algún lado.

No la había. La habitación estaba asombrosamente despojada y Kell estaba seguro de que las puertas del pasillo se trababan y destrababan desde el exterior, no desde dentro.

El rey le extendió una mano escuálida. Le habían quitado los anillos para evitar que se hiciera daño, y tenía las uñas cortadas hasta ser casi nulas.

—Mi carta —dijo, y por un instante Kell vio un destello de lo que George había sido alguna vez. Majestuoso.

Kell palmeó los bolsillos de su abrigo y se dio cuenta de que había olvidado sacar las notas antes de cambiarse. Se quitó la chaqueta con una sacudida de hombros y la regresó por un momento a su rojo natural para escarbar los bolsillos hasta encontrar el sobre. Cuando lo presionó contra la mano del rey, este lo acarició y tocó el sello de cera —el emblema del trono rojo, un cáliz con un sol naciente—, luego llevó el papel hacia su nariz e inhaló.

—Rosas —dijo melancólicamente.

Se refería a la magia. Kell nunca notaba el suave perfume aromático del Londres Rojo que se adhería a su ropa, pero siempre que viajaba, alguien le decía que olía a flores recién cortadas. Algunos decían tulipanes. Otros, lirios. Crisantemos. Peonías. Para el rey de Inglaterra, siempre eran rosas. A Kell le alegraba saber que era un olor placentero, incluso aunque él no pudiera sentirlo. Él podía oler el Londres Gris (humo) y el Londres Blanco (sangre), pero para él, el Londres Rojo simplemente olía a casa.

—Ábrelo por mí —indicó el rey—. Pero no arruines el sello.

Kell hizo lo que le ordenaron y sacó los contenidos. Por una vez, agradeció que el rey ya no pudiera ver, así no po-

día saber cuán breve era la carta. Tres líneas cortas. Una cortesía a una figura insigne enferma, pero nada más.

—Es de mi reina —explicó Kell.

El rey asintió.

—Continúa —ordenó, poniendo un semblante impo-  
nente que batallaba con su frágil contextura y su voz entre-  
cortada—. *Continúa*.

Kell tragó con fuerza.

—Saludos a Su Majestad, rey George III —leyó—, de un  
trono vecino.

Ella no se refirió a él como trono *rojo* ni envió saludos desde el Londres *Rojo* (aunque la ciudad era, en verdad, bastante carmesí, gracias a la luz intensa y penetrante del río), porque no lo pensaba de esa manera. Para ella, y para todos los demás que habitaban solo en un Londres, no había casi ninguna necesidad de diferenciarlos. Cuando los gobernantes de uno conversaban con los de otro, simplemente los llamaban los *otros* o *vecinos* o, en ocasiones (y en particular respecto del Londres Blanco), términos menos halagadores.

Solo aquellos pocos que podían moverse entre los Londres necesitaban una forma de mantener las cosas en orden. Y entonces Kell —inspirado en la ciudad perdida conocida por todos como Londres Negro— le había dado un color a cada una de las capitales que quedaban.

Gris para la ciudad sin magia.

Rojo para el imperio próspero.

Blanco para el mundo hambriento.

En verdad, las ciudades mismas se parecían muy poco entre sí (y los países que las rodeaban y los de más allá, incluso menos). El hecho de que todas se llamaran *Londres* era en sí un misterio, aunque la teoría dominante era que una de las ciudades había adoptado el nombre mucho tiempo atrás, antes de que las puertas fueran selladas y lo único que se permitiera pasar fueran las cartas entre reyes y

reinas. Respecto de qué ciudad tuvo primero el nombre, nadie se ponía de acuerdo.

—Esperamos noticias de que se encuentre bien —continuaba la carta de la reina— y que esta estación sea tan hermosa en su ciudad como lo es en la nuestra.

Kell hizo una pausa. No había nada más, salvo por una firma. El rey George se retorció las manos.

—¿Eso es todo lo que dice? —preguntó.

Kell dudó.

—No —dijo, doblando la carta—. Ese es solo el comienzo.

Se aclaró la garganta y empezó a caminar, mientras ordenaba sus pensamientos y los ponía en voz de la reina.

—Gracias por preguntar por nuestra familia, dice. El rey y yo estamos bien. El príncipe Rhy, por otro lado, continúa deslumbrando y enfureciéndonos en igual medida, pero al menos el mes ha transcurrido sin que se rompiera la nuca o se comprometiera con una novia inapropiada. Las gracias se las debemos solo a Kell, por evitar que hiciera alguna de esas cosas, o las dos.

Kell tenía todas las intenciones de dejar que la reina se explayara sobre sus méritos, pero justo en ese momento el reloj de pared dio las cinco, y Kell maldijo en voz baja. Llegaba tarde.

—Hasta mi próxima carta —concluyó apurado—, manténgase contento y bien. Con cariño. Su Alteza Emira, reina de Arnes.

Kell esperó que el rey dijera algo, pero sus ojos ciegos tenían una mirada fija y lejana, y Kell temió haberlo perdido. Apoyó la nota doblada sobre la bandeja de té y estaba a medio camino hacia la pared cuando el rey habló.

—No tengo una carta para ella —murmuró.

—Está bien —dijo Kell con suavidad. El rey no había sido capaz de escribir una en años. Algunos meses lo intentaba, arrastrando la pluma descuidadamente por el papel, y algunos meses insistía en que Kell lo transcribiese, pero la

mayoría de las veces, simplemente le daba a Kell el mensaje y él prometía recordarlo.

—Verás, no tuve tiempo —agregó el rey, tratando de salvar un vestigio de su dignidad. Kell se lo concedió.

—Entiendo —dijo—. Le daré sus saludos a la familia real.

Kell se dio vuelta nuevamente para irse y otra vez el viejo rey lo detuvo.

—Espera, espera —llamó—. Regresa.

Kell hizo una pausa. Sus ojos fueron hacia el reloj. Tarde, y se hacía más tarde. Se imaginó al príncipe regente sentado a su mesa en St. James, aferrado a su silla y enojándose en silencio. El pensamiento hizo que Kell sonriera, así que giró hacia el rey mientras este sacaba algo de su bata con dedos torpes.

Era una moneda.

—Se está desvaneciendo —dijo el rey, tomando el metal en sus manos avejentadas como si fuese algo precioso y frágil—. Ya no puedo sentir la magia. No puedo olerla.

—Una moneda es una moneda, Su Majestad.

—No es así y tú lo sabes —gruñó el viejo rey—. Vacía tus bolsillos.

Kell suspiró.

—Me va a meter en problemas.

—Vamos, vamos —dijo el rey—. Nuestro pequeño secreto.

Kell metió la mano en el bolsillo. La primera vez que había visitado al rey de Inglaterra, le había dado una moneda como prueba de quién era y de dónde venía. La historia de los otros Londres se le confiaba a la corona y se legaba de heredero a heredero, pero habían pasado años desde la última vez que un viajero había venido. El rey George le había echado una mirada al delgado muchacho y había entornado los ojos y tendido su mano rolliza, y Kell había apoyado la moneda en su palma. Era un simple lin, muy parecido a un chelín gris, solo que marcado con una estrella roja en

vez del rostro de un miembro de la realeza. El rey cerró el puño sobre la moneda y se la llevó a la nariz para sentir su aroma. Y luego había sonreído y luego había guardado la moneda en su abrigo e invitado a Kell a entrar.

Desde ese día, cada vez que Kell le hacía una visita, el rey insistía en que la magia se había desvanecido y se la hacía cambiar por otra, una nueva y tibia por estar en el bolsillo. Todas las veces Kell le decía que estaba prohibido (lo estaba, expresamente) y todas las veces el rey insistía en que era su pequeño secreto, y Kell suspiraba y buscaba un lin nuevo en su abrigo.

Ahora tomó el viejo lin de la palma de la mano del rey, lo reemplazó por uno nuevo y dobló los dedos huesudos de George suavemente sobre este.

—Sí, sí —susurró el doliente rey a la moneda en su mano.

—Cuídese —dijo Kell, mientras se daba vuelta para irse.

—Sí, sí —repitió el rey, al tiempo que su concentración se disipaba hasta dejar afuera el mundo y a su invitado.

Las cortinas estaban amontonadas en la esquina de la habitación, y Kell tiró del pesado material para revelar una marca en el patrón del empapelado. Un simple círculo dividido por una línea, dibujado con sangre un mes atrás. En otra pared en otra habitación en otro palacio, había esta misma marca. Eran como picaportes en una misma puerta.

La sangre de Kell le permitía a este moverse *entre* los mundos cuando era emparejada con el *souvenir*. No necesitaba especificar un lugar, porque donde fuera que él estuviese, allí es donde estaría. Pero para hacer una puerta *dentro* de un mundo, ambos lados debían estar marcados exactamente con el mismo símbolo. Casi igual no era suficientemente igual. Kell lo había aprendido a los golpes.

El símbolo en la pared aún era nítido desde su última visita, los bordes apenas borroneados, pero no importaba. Había que rehacerlo.

Se arremangó y liberó el cuchillo que llevaba atado al antebrazo. Era un cuchillo hermoso, una obra de arte; de plata desde la punta hasta la empuñadura y con un monograma con las letras *K* y *L*.

La única reliquia de otra vida.

Una vida que no conocía. O, al menos, no recordaba.

Kell llevó el filo al dorso de su antebrazo. Ya había tallado una línea hoy para la puerta que lo había traído hasta aquí. Ahora talló una segunda. Su sangre, de un rojo rubí intenso, brotó allí. Él regresó el cuchillo a su funda y llevó los dedos al corte y luego a la pared para redibujar el círculo y la línea que lo atravesaba. Kell se bajó la manga para tapar la herida —trataría todos los cortes de inmediato cuando estuviese en casa— y echó una última mirada al balbuceante rey antes de presionar la palma de la mano abierta contra la marca en la pared.

La marca vibró con magia.

—As *Tascen* —dijo. *Transferir*.

El papel estampado ondeó y se ablandó y cedió bajo su tacto, y Kell dio un paso adelante y lo atravesó.

## II



Entre un paso y el otro, el lúgubre Windsor se transformó en elegante St. James. La sofocante habitación-celda daba paso a tapices brillantes y plata lustrada, y los murmullos del rey desequilibrado fueron reemplazados por un silencio pesado y un hombre sentado a una mesa ornamentada, que sostenía una copa de vino y se veía completamente ofendido.

—Llegas tarde —observó el príncipe regente.

—Mis disculpas —dijo Kell con una reverencia demasiado corta—, tenía un encargo.

El príncipe regente bajó su copa.

—Pensé que yo era tu encargo, maestro Kell.

Kell se enderezó.

—Mis órdenes, Su Alteza, eran ver primero al rey.

—Quisiera que no lo consintieses —dijo el príncipe regente, cuyo nombre también era George (Kell creía que el hábito del Londres Gris de que los hijos llevaran el nombre del padre era tan redundante como confuso), haciendo un gesto displicente con la mano—. Le levanta el espíritu.

—¿Eso es malo? —preguntó Kell.

—Para él, sí. Más tarde estará desenfrenado. Bailando sobre las mesas, hablando de magia y otros Londres. ¿Qué truco le hiciste esta vez? ¿Lo convenciste de que puede volar?